

A black and white photograph of a city skyline, likely New York City, with a flying saucer in the sky. The flying saucer is in the upper right corner, emitting a beam of light. The city buildings are in the foreground and middle ground, with a mountain peak visible in the background under a cloudy sky.

IGNACIO MORENO

PLANTA 512

Una Micro Novela basada en Las Ratas de Böölnunjen

1

Pulsé el botón. Esperé treinta y dos milésimas, el tiempo estándar de una telemetría espacial. Cogí el vaso y me lo terminé de un sorbo. Sentí el alcohol filtrándose en mis células mientras introducía la palabra clave. Doscientos veintitrés caracteres completamente aleatorios. Volví a esperar. Esta vez fueron dieciséis segundos. El sol se despedía entre las palmeras, podía verlo deslizarse hacia el agua. Algunos se despelotaban, otros correteaban por la orilla, los más perezosos seguían tumbados en la hamaca. Era segundo atardecer del día, una de las peculiaridades exóticas de aquel planeta. Desde mi ventana del hotel seis estrellas se veía una playa preciosa, aunque fuera tan falsa como un amor de instituto. La densidad y la rapidez de rotación de aquel trozo de roca se combinaban en un conjunto de fuerzas que hacían imposible la existencia de océanos. Una nimiedad, si se compara con la tecnología humana. Tres generaciones después de que llegaran los primeros colonos, dieciséis centros hoteleros se unieron para crear una ribera de lagos salados con estabilizadores galvánicos. Agua metalizada adherida al suelo por electroimanes, a su vez cubiertos por sedimentos marinos traídos de otros planetas. Dieciséis segundos dan para mucho, en especial cuando el alcohol lleva recorriéndote el cuerpo tres días enteros. Al que hizo diecisiete pude abrir los ficheros.

Me dolía la cabeza, me palpitaban las sienes y notaba un ligero temblor en el ojo izquierdo. El trabajo a veces no resulta fácil, y más cuando la última entrega fue de las que provocan infarto. La combinación de fuerzas esta vez incluyó

un incendio fortuito, un atasco en la aeropista y un control más exigente de lo habitual en el espaciopuerto. No perdí el transbordador por minutos, lo cual podría haber supuesto una catástrofe. En cualquier caso, nada que no pudiera remediar un buen descanso. Vacaciones. Sexo. Y unas copas. Para eso me instalé en ese hotel, y en ello estaba cuando me, no sé, me aburrí. Supongo. Aquel sitio no era lo que me esperaba cuando hojeé los folletos. El público era demasiado joven, las fiestas demasiado largas, el sexo demasiado rápido. Por aquel entonces ya tenía una edad. Me iban las relaciones maduras, aquellas en las que charlas diez minutos para conocerte antes de meterte en la cama, o en la tumbona, o donde quiera que se despache el asunto. En aquel ambiente todo iba muy rápido, probablemente al ritmo que marcaba la rotación planetaria. El sol se levantaba y se escondía dos veces por cada día estándar. La gente se bebía la vida. Los contactos carnales se decidían en un hola-tú-cómo-te-llamas seguido de un lo-hacemos-solos-o-buscamos-a-otro. No iba conmigo.

La cuestión es que allí estaba, solo en una habitación para ricos. Setenta y tres metros cuadrados de confort y elegancia, y lo único que me pasaba por la cabeza era salir de allí lo antes posible. Irme a otro hotel, a un casino, museos, galas benéficas, algún concierto. Algo tranquilo en el que pasar el tiempo. Quizá largarme del planeta. En algún momento me desvié del plan. Me conecté a mi mailbox secreto, cifrado, oculto en la red profunda. El sitio más seguro del universo humano. El lugar al que me llegaban los encargos, los futuros y potenciales trabajos. Descarté veintitrés mensajes. No me apetecían. No sé por qué abrí el veinticuatro. No puedo decir que fuera una corazonada. Es posible que el alcohol hubiera hecho mella. Mi capacidad de raciocinio estaba bajo mínimos. Es lo que pasa cuando bajas la guardia,

precisamente lo que uno de mi profesión solo puede concederse a cuentagotas. Comencé a leerlo.

La tipa en cuestión no era una cualquiera. Directora ejecutiva de un holding interplanetario. La segunda empresa de no sé qué historias. La quinta en facturación en no sé qué diantres. La séptima en beneficios fiscales, la duodécima en generación de neutrinos. La casualidad es que estaba muy cerca. No solo era ese mismo planeta, sino que se encontraba exactamente en línea recta desde mi ventana, al otro lado de aquella ribera artificial y soleada. En un planetóide cuyo diámetro es la mitad del tamaño estándar, cualquier ciudad está a un tiro de piedra. Di un par de vueltas a mi intercomunicador en la mano y pulsé «aceptar». Eso fue todo. Tan simple como pedir un café porque te llega el olor cuando pasas por delante. Volví a la playa y me sumergí en el agua. Diez minutos después estaba de vuelta. Me tumbé en la cama y me descargué el documento.

2

El documento era enorme, mucho más de lo habitual. Ochocientas setenta y seis páginas repletas de detalles. Su infancia, su juventud, sus años de estudio. Sus éxitos empresariales, la escalada a la cima. Un listado exhaustivo de sus familiares, amigos, socios, asistentes, rivales y secuaces. Lo que le gustaba comer, a qué hora iba al baño, con qué mano se enjabonaba en la ducha. Planos del edificio en el que vivía y en que tenía su empresa. Despachos, salas de reuniones, puestos de trabajo de los seis mil doscientos

empleados. Su apartamento privado en el piso quinientos doce. Tantos detalles no son lo habitual, eso desde luego. Lo normal es que seas tú quien tiene que recabar esa información. Hacer un seguimiento minucioso para conocer sus costumbres, sus puntos débiles. Trazar un plan, acecharle sin que se dé cuenta, caerle encima y ¡zas! salir corriendo antes de que te cacen. En eso solía consistir mi trabajo, pero aquel caso iba a ser distinto. Que me dieran tantos pormenores solo podía significar dos cosas. Una, que aquella tipa tenía un enemigo con mucha pasta, alguien que se había gastado una fortuna en contratar un equipo en condiciones. O dos, que quien quería matarla vivía a su lado y trabajaba con ella, día a día, codo con codo, minuto tras segundo. Pensé que podía ser su marido, pero lo descarté. La razón apareció dos páginas más tarde: fallecido por un ictus repentino diez años antes. Otra posibilidad es que fuera uno de sus hijos, o un familiar, un sobrino o un ahijado, alguien que pudiera heredar todo aquello. Pero no los tenía. Hija única, a su vez de hijos únicos. Y además, había un detalle: aquella tipa no poseía bienes. Desde hacía varios años había colocado todas sus acciones en un fondo de capital inmóvil que pertenecía a la propia empresa. La empresa era la dueña de la propia empresa, que a su vez tenía un par de millones de inversores de segundo orden repartidos entre los cien planetas. Ella no era más que una vulgar empleada, aunque con poderes ejecutivos, plenos y absolutos. Una copia de su testamento, que aparecía en los registros notariales públicos, aseguraba este procedimiento legal: si moría, todo lo que tenía repercutiría en la empresa, como un agujero negro que se alimenta a sí mismo. Ni que decir tiene que no tenía sentido una conspiración para liquidarla. No había motivos para quitarla de en medio. Tampoco es que me importaran mucho, pero era extraño, y

además descartaba algunos de los típicos móviles de este tipo de asuntos.

Cuando terminé, había vuelto a amanecer dos veces, lo cual quería decir que habían pasado más de veinte horas. Cosas de aquel sitio. Aquel trozo de roca en mitad del espacio tardaba medio día estándar en girar sobre sí mismo. En ritmos humanos, eso quería decir que veías el anochecer dos veces, pasabas la mitad de la jornada laboral en una oscuridad profunda y volvías a casa viendo el segundo amanecer para recluirte hasta el día siguiente. Me levanté de la cama y di unos pasos por la habitación. Aquel trabajo era un reto. Digno de un concurso de profesionales de esto. Si dieran un premio por liquidarla seguramente no habría muchos candidatos. Sesenta y siete años. Salud de hierro. El pulso de un bebé y el cardiograma de una deportista de élite. Un equipo de seguridad imponente. No daba dos pasos sin estar rodeada, tenía un guardaespaldas hasta para ir al baño. No digamos los sistemas electrónicos, detectores, monitorización, cámaras. Aquel edificio era un búnker. En cuanto a la calle, apenas salía, y si lo hacía siempre había un plan establecido semanas antes. Había sobrevivido a cinco intentos. Tres de mis predecesores estaban muertos, otro entre rejas y esperando la silla, el quinto había desaparecido sin dejar rastro. Era hora de empezar. Lo primero fue salir de ese hotel.

3

Me alquilé un cuchitril en la periferia. Me inscribí como demandante de empleo. Conseguí documentos falsos gracias a mis contactos de la red oculta. Me convertí en un granjero de las afueras que lo había perdido todo en un tornado unos años antes, una desgracia que encontré hojeando en la hemeroteca local. Mi objetivo era pisar la empresa, olfatear el ambiente. Establecer contacto directo, en la medida de lo posible. Conseguí un trabajo en la sección de sándwiches. El suelo era miserable. Medio contrato a jornada quíntuple. Tenía que llegar antes del amanecer y repartir desayunos. Irme a descansar dos horas. Después, repartir infusiones. Volver a descansar. Tras el almuerzo, repartir cafés. A las dos horas y media entraba para el té de la tarde. Antes del final del día, un pequeño snack. 187 minutos diarios que me ocupaban casi quince horas. Dos amaneceres. En el segundo anochecer era cuando me iba a casa. Para un trabajador medio debía ser extenuante. Para mí, pocas cosas podían ser mejores: recorría pasillos, entraba y salía de los despachos, subía y bajaba por escaleras y ascensores. Me daba la oportunidad de observarlo todo, en detalle y bien cerca. Los planos del dossier era buenos, pero gracias a ese subtrabajo mal pagado descubrí cosas que no aparecían. Nanocámaras. Detectores gravitacionales. Puertas de aleación cero kelvin. Zonas de seguridad infranqueables. No se podía meter un cuchillo más grande que los de untar mantequilla sin que se dispararan las alarmas. Cada vez que un gusano atravesaba el vestíbulo pasaba por tres escáneres: el primero era un detector

al uso, con el segundo te radiografiaba por dentro, el tercero era capaz de detectar armas y utensilio no permitidos de tamaño nanométrico. A las tres semanas comprendí que nunca le llevaría el café. Para eso había otro tipo de sirvientes. Lacayos escogidos de entre la flor y nata, aunque nunca supe exactamente de qué flor ni de qué nata. Aquella tipa vivía en un mundo paralelo al del resto de los seres humanos, alejada como el la noche y el día de las personas normales. Solo me crucé con ella una vez, pero mejor hubiera sido tenerla a cientos de kilómetros. Nos separó una muralla de uniformes con el símbolo de seguridad en la solapa. Recuerdo que en el centro había seis personas. Tres de ellas eran guardaespaldas. Escoltas personales, los miembros de su guardia pretoriana. Músculos hinchados como gorilas en celo. Dos de las otras tres debían ser de subalternos de algún tipo, y la tercera era ella. Se movían al unísono, como una formación romana, apartando a quien se interpusiera delante. Fue menos de un minuto. Nunca más la volví a ver.

Leí el dossier decenas de veces, buscando cualquier cosa con la que hincarle el diente. No se divertía, no tenía vicios. Ni fumaba, ni bebía, ni se hacía llevar compañeros nocturnos. Nunca se salía de lo establecido. Apenas acudía a eventos sociales. En su existencia parecía solo existir la palabra trabajo. Repasé su juventud, su infancia, sus años de colegio. La universidad, seis másteres y dos postgrado. Los primeros pasos en la empresa, cómo construyó aquel imperio. Necesitaba un error, un desliz, algo con lo que pillarle con la guardia bajada. No había nada.

Nada, salvo un detalle. Algo ridículo. Insignificante. Una carta.

Hola.

No hace falta que te diga quién soy, ni por qué te escribo. Sabes que me hiciste feliz, y sé que tú también fuiste feliz conmigo. Por eso, el dolor de tu partida es aún más duro.

Pero me hago cargo. Entiendo perfectamente tus motivos. Los que nacemos como tú y como yo hemos nacido para lo que hemos nacido. La herencia que recibimos se asentará, algún día, sobre nuestros pesados hombros. Es algo más grande que nosotros mismos. Nuestras familias lo saben aún mejor de lo que sabemos nosotros, y por ese motivo nos mandan a estos internados, a estas escuelas y a esas universidades como la que acabas de empezar hace muy poco. La gente normal, nuestros empleados, aquellos que dirigiremos cuando seamos grandes, ellos no lo entienden, no entenderán nunca que no somos dueños de nuestro destino. Te escribo estas breves líneas para que sepas que yo, en mi dolor, te comprendo, aunque eso no quite ni un ápice el daño que siento por dentro.

Eres el amor de mi vida. Lo has sido y lo serás por siempre. Pero te has ido, y no vas a volver. Y te has ido con él, ese al que tú y yo hemos despreciado tantas, tantas veces. Sé perfectamente que es tu gran oportunidad de negocio. Solo espero que te salga bien. Eso, y que seas feliz.

Twója mysz.

Así de estúpido. No sé cómo ese pedazo de papel escaneado se coló en el dossier. Estaba fechado en algún momento de sus años de estudio, dirigido a la residencia femenina de una de esas universidades caras. Donde van los hijos de quienes manejan el cotarro. La primera vez lo leí de pasada. Las siguientes no le eché ni cuenta. En algún momento, entre el té y el snack, se me ocurrió una cosa. Hice

una comprobación. Accedí a la lista de estudiantes del internado en la época en la que la mujer fue alumna. Búsquedas multicampo por edad, programación curricular, asignaturas cursadas, evaluaciones, deportes, pasatiempos. Apliqué filtrados de situación económica, familiar y social. Utilicé algoritmos para contrastar distintos rangos de afinidades. Obtuve una estadística de sus potenciales amigos, novios, pretendientes o amantes. Me quedé con seis. Tres habían muerto, uno de ellos su propio marido. Otros dos no me parecían lógicos. El último era un gay confeso de vida más bien estafalaria. Excluyendo al marido, uno los dos difuntos me llamó la atención. Se llamaba Łukasz Kołodziejski.

En mi cuchitril después del trabajo aparecieron más piezas. Provenía de una de esas familias aristocráticas con raíces en la vieja Tierra. De las que se empeñan en conservar sus costumbres arcaicas. Esas dos palabras con las que terminaba la carta provenían de uno de esos idiomas exóticos que ya nadie habla. Curiosamente, la tipa tomó lecciones de lenguas eslavas durante un par de semestres. Y el tal Łukasz fue su tutor voluntario de conversación.

Me pareció una bobada, pero me dio que pensar. Durante varios días se me repitió en la cabeza. Me olía algo. No sabía cómo hincarle el diente, así que hice un movimiento. A la desesperada.

Querida mía,

hace mucho tiempo que nos conocimos, y solo un poco menos que nos separamos. Han pasado años, qué digo, decenios, y sin embargo no me olvido de ti. Nunca te olvidé. Puedes considerarlo la locura de un viejo decrepito, senil y caduco, y quizá lo sea. Solo quería decirte, antes de que el

inexorable tiempo dé cuenta de nosotros que, para mí fuiste imborrable, y que aún, todavía, te pienso.

Twója mysz.

Cuando terminé me sentí un imbécil. No sé si por la idiotez que había escrito o por pensar, durante unos segundos, que serviría de algo. Aquello era una estupidez de las grandes. Aún así, pulsé enviar. Partió desde un mailbox anónimo que se autodestruyó apenas fue enviado. La respuesta debía llegar a otro similar, una dirección cuántica formada por una cadena de caracteres aleatorios. Algo habitual cuando el que envía el mensaje prefiere tener cierto anonimato, no necesariamente asociado a algo ilícito. No me sorprendió que no pasara nada. Los días siguieron transcurriendo con la misma rutina. Me despertaba temprano, ejercitaba mis músculos, consumía mi desayuno equilibrado antes de servirlo a los otros y, entre medias, pensaba. Analizaba el dossier. Buscaba una forma, una vía para acceder a ella. Entre medios me dieron un ascenso. Pasé de ayudante de repartidor a repartidor a secas. Ahora dirigía un pequeño grupo de ineptos, gente venida de los peores lugares. Mis nuevas funciones consistían en asegurarme que los vasos llegaran intactos a su destino, sin que aquellos imbéciles los derramaran por el camino o les echaran porquerías, sustancias nocivas o escupitajos.

4

Entonces pasó. Un mensaje. Por descontado, no recibí ningún aviso en mi intercomunicador de obrero mal pagado. No estaba sincronizado para ese tipo de labores. No podía arriesgarme a que el servicio de seguridad me pillara realizando labores de hacker avanzado. Fue cuando llegué a casa, a mi cuchitril andrajoso. Debajo del retrete había una trampilla y, debajo de ella, una caja de apertura electrónica con mis pertenencias importantes. Pistola. Documentación falsa. Por descontado, el dossier. Y mi intercomunicador de verdad, con varias vías de conexión ultraseguras a la red profunda. Cuando lo encendí, apareció una lucecita avisando. Pulsé el botón y lo leí.

No sé qué significa esta broma de mal gusto, pero no solo no tiene ninguna gracia sino que me siento humillada por el mismo. Quien quiera que haya tenido la desfachatez, sepa va a mi empresa y yo misma está usando todos los medios posibles para que esta acción no quede impune.

Me quedé de piedra. Tenía respuesta. No estaba firmada, pero desde luego era de ella. No podía creerlo. Era ella, sin duda que lo era.

Lo releí un par de veces. El mensaje provenía de un mailbox muy parecido al que usé para enviarle el mío. La dirección era irrastreable. Las líneas de conexión, cifradas e inmunes. Ni siquiera tenía asociados programas de rastreo inverso. Me quedé pensando. Algo había que no me cuadraba. Si realmente pensaba usar todos los medios posibles para

encontrarme, no habría mandado esa respuesta. Existen formas mucho más eficientes de investigar remitentes de mensajes anónimos que escribir ese tipo de cartas indignadas. Aunque en mi caso no hubieran servido para nada. Soy un buen hacker, sé hacer las cosas para que no me encuentren. Así que el motivo de esa carta no era rastrearme. ¿Por qué me había escrito entonces? Algo me decía que lo había escrito ella, con sus propias manos, sin que ni su equipo de seguridad ni su gente de confianza lo supiera. Descarté todos los motivos menos uno: estaba intrigada. Ahora sí que tenía algo.

Sin embargo, seguía moviéndome en un terreno pantanoso. Si resbalaba, corría el riesgo de ahogarme en arenas movedizas. Lo más probable es que tuviera solo una oportunidad, y si la fallaba perdería la ocasión que me había brindado la suerte. Durante tres días enteros escribí mentalmente infinidad de cartas, mientras repartía infusiones, cafés y bollitos rellenos de pseudocacao y nata. Al que hizo cuatro redacté unas líneas. Y las envié. Sin pensarlo dos veces.

Querida mía,

entiendo perfectamente tu reacción al leer mi carta, y te pido disculpas si te he podido consternar. No era mi intención, en ningún momento, causar ningún tipo de quebranto en tu ánimo. Por tus palabras, infiero que has tenido noticias acerca de mi supuesto fallecimiento, evento que, como puedes comprobar, no ocurrió. Me encantaría algún día poder explicarte qué sucedió, y por qué hube de simularla. Entre tanto, recuerdo aquel tiempo que pasamos juntos, aquellas tardes tan felices, aunque sé que esa felicidad no volverá a mi corazón.

Con afecto, Twója mysz.

Decidí correr un riesgo. Eso de las tardes juntos era una jugada peligrosa. Se me ocurrió que, si habían sido novietes, debían haber pasado algún rato, no sé, paseándose de la mano o dándose besos, o cuanto menos parlotando en el parque. La respuesta tardó nueve días en llegar. En ese tiempo, me imaginé a la tipa dudando, escribiendo, borrando, sentada en su escritorio sin saber si contestar o no. Lo que recibí fue una carta muy larga repleta de inquietud, melancolía y viejos recuerdos. Al parecer, su vida había sido una carrera hacia el éxito, pero su corazón fue lentamente apagándose por la tristeza de aquellos tiempos que compartieron juntos. Había creado un emporio junto a su marido, pero se había demostrado que era un auténtico sinvergüenza. Cosa que, por otra parte, ya sabían ambos desde los años que compartieron en aquella escuela. En cuanto a él, es decir, a mí, al personaje que yo había reconstruido de repente, se había enterado de su muerte a través de un amigo de aquellos tiempos que encontró en uno de esas cenas de gala en un club de ultramillonarios. Así que tenía sentimientos. Baja aquella fachada de témpano helado, había un sistema cardíaco que palpitaba.

Aún recuerdo aquellas tardes en las que hablábamos del futuro, de qué haríamos cuando saldríamos de allí, aunque los dos sabíamos que antes o después llegaría el momento en el que nos separáramos para, como así ha sido, no vernos nunca jamás.

Eso me dijo. Es decir, a él. Uno de los momentos estrella de aquella larga carta. Apta de un concurso de estupideces. Casi sin darme cuenta, había conseguido una vía de acceso. Un canal de comunicación. Las emociones siempre juega malas pasadas. Esa es una de las regla de oro en este

oficio. Las navajas, las pistolas, los cañones, los arsenales atómicos. Esos no son quienes derrumban murallas. Son los sentimientos. De todas formas, todavía no tenía a mano liquidar el asunto. Ahora se trataba de encontrar la secuencia de eventos, un conjunto de circunstancias que me acercaran más a ella. Como la boa constrictor tejiendo una madeja de horror estrangulando a su víctima. Debía pensar bien cuál debía ser mi siguiente movimiento. Busqué fotos del internado. Entré en la hemeroteca de los diarios del planeta y accedí a imágenes de la época. Hackeé los archivos de la institución y leí todo lo leíble, nombres de estudiantes, profesores, conserjes, encargados de limpiar las letrinas. Escribí una carta aún más larga que la suya en la que le hablaba de los jardines, los árboles, las anémonas y los peces del lago, el olor a madera de las aulas, los cocineros que nos servían el rancho, las maestras de economía y matemáticas. Imágenes banales y poco concretas, evitando dar detalles precisos. Un pequeño desliz insignificante podría haber levantado sospechas. En realidad, cualquier colegio casi cualquier planeta, de aquella categoría para privilegiados, habría tenido una descripción parecida. El resultado fue mejor de lo que imaginaba.

Mi querido Redfort,

no puedo menos que expresarte lo mucho que me ha conmovido leer tus líneas. ¡Qué recuerdos más maravillosos has traído a mi vieja memoria! Ahora sé que eres tú, sin duda, y te pido disculpas por haber dudado al recibir tu primera misiva, pero has de entender la conmoción que supuso tu repentina aparición, más que eso, por motivos obvios inesperada. ¿Dónde estás, querido? ¿Qué ha sido de ti en estos años –¡qué digo!-, décadas? ¿Por qué motivos tuviste que

*simular tu muerte? Me parece tan grave escribir esta palabra...
¡muerte!*

Grace, twója mysz.

Así que estábamos llegado al afecto, un peldaño más en el camino al abismo. Ella no lo sabía, pero esos de sentimientos que sentía en su pequeño y viejo corazón no eran hacia al tal Redfort, o mysz, o como quiera que se llamase mientras estaba vivo. Tampoco sentía nada hacia ese personaje invisible que yo acababa de crear, sin que ella se diese cuenta, a base de leer todo lo que se podía leer de aquel lugar del espacio que compartieron durante un lapso de tiempo. En realidad, esos sentimientos solo existían en su cabeza. Eran sus recuerdos, sus remordimientos, la tristeza por lo que podría haber pasado y nunca sucedió. En cualquier caso, no servía de mucho. No tenía ni pajolera idea de cómo iba a pasar de la cascada de palabras a la acción concreta. Matar es algo que tiene que ocurrir. No basta con imaginarlo. Así que ahí estaba, justo donde quería. Más cerca que nunca de alcanzar mi objetivo. Pero a veces, cuando todo se pone a tu favor, es cuando las cosas dejan de funcionar.

Eso me pasó. De repente, me bloqueé. No supe qué hacer. Le escribí tres o cuatro cartas anodinas. Busqué todo lo buscable sobre la vida de aquel hombre. Añadí detalles de mi cosecha sin que me comprometiera. Si ella misma ordenaba iniciar una búsqueda, encontraría que todo cuadraba. Sabía que la conclusión a todo ese embrollo era una cita. Que mi personaje cogiera un transbordador interplanetario y se presentara a cara descubierta. Por descontado, no podía permitírmelo. Pensé en alguno de esos sistemas virtuales de citas, de los que simulan besos, abrazos y paseos cogidos de la mano. Alguna vez los había usado. Te conectas desde

cualquier sitio y pasas un rato con cualquier persona a años-luz de distancia. Incluso sientes el tibio calor de la piel. Te permiten hacer casi cualquier cosa, menos una. No puedes matar.

5

Llegó la navidad y el planeta la celebró con su particular orquesta de ciclos acelerados día-noche. Se trata de una antigua fiesta, heredada de la vieja Tierra, que se celebra todavía en algunos sitios. Una vez liquidé a un tipo justo en ese día. Para buena parte de la humanidad dispersa por los cien planetas es poco más que un viejo recuerdo. Sin embargo, para la cadena de hoteles alrededor del lago galvánico se trata de uno de los momentos cumbre de la temporada. A las habituales fiestas doblemente diarias se unen comidas, cantos, rituales arcaicos y mucho nudismo amontonado en hamacas. Eso sí, nada comparado con lo que preparaban para el año nuevo. La vieja Tierra completando una vuelta completa alrededor de su solitaria estrella. En aquellos días yo estaba de vuelta en la rivera artificial. En este caso, en un hotel muy distinto. Uno para jubilados, convalecientes de enfermedades y gente rara y con pasta. Tranquilo y silencioso. Masajes, piscinas de sales de mercurio, comida sana y proletariado sexual discreto y diligente. Una especie única entre los seis estrellas dedicados a fiestas de aquel paraje, no demasiado lejos de ese otro en el que, casi sin quererlo, pulsé el botón que dio comienzo a esta historia. Distante casi exactamente la

misma cantidad de kilómetros del edificio en el que había pasado algunos meses.

Pero mejor no adelantar acontecimientos. Antes del hotel me había bloqueado, y mi siguiente paso fue dejar de escribirle. Esconder la cabeza en un hoyo y dedicar el tiempo a que pasara lo más rápido posible. Me dieron un segundo ascenso. Pasé a supervisar a los repartidores, que a su vez supervisaban a sus asistentes. Ya no tenía ni que servir vasos y tazas ni tenía que tener cuidado de que llegaran intactos. Mi labor consistía en cuadrar los turnos, asegurarme de que se cumplieran y poner penalizaciones en caso contrario. Me triplicaron el sueldo por hacer un tercio del trabajo de antes. Tuve que dejar mi cuchitril y alquilarme una habitación decente en un hotelito con baño, duchas compartidas y agua caliente los domingos. Acorde con mi nueva posición y mi sueldo, no podía levantar sospechas. Por los pasillos se escuchaban rumores, de dos tipos bien distintos. Unos, acerca de mi supuesta eficacia. Conversaciones casuales. Qué bien lo hace ese tipo nuevo. Las bebidas llegan calientes y a su hora. Yo es que creo que ha mejorado la receta, estas barritas de fibrocereal están de muerte. Deberían subirle de nuevo, jefe de personal secundario, supervisor de recursos prescindibles, director del personal inútil. Me preocupaba. Cuando uno se dedica a esta profesión, lo que menos quiere es que hablen de ti. Bien o mal, eso no importa, lo importante es justo lo contrario. Pasar desapercibido, ser transparente. Y dos, rumores acerca de la jefa suprema. Al parecer se la veía deprimida. Demacrada, sin ganas, ya no salía de su suite privado. Si antes aparecía poco, ahora ni siquiera se reunía con los de su confianza. Daba instrucciones desde el intercomunicador y se retiraba de nuevo, no se sabe dónde. Tenía un apartamento de lujo, pero no había mucho donde esconderse. Un despacho, la alcoba, un comedor para seis

comensales, un baño con jacuzzi y tres retretres y un saloncito para pequeñas fiestas. La cocina se la servían por el montacargas. Era allí donde pasaba las horas. Nadie imaginaba qué hacía, ni mucho menos el motivo de su clausura. Solo yo lo sospechaba. La única causa plausible eran mis cartas. Eso, y sus viejos recuerdos. Sus remordimientos. Qué habría pasado si. Decisiones que cambian la vida y que llevan al éxito o a la tristeza. O a las dos cosas juntas.

Por supuesto, me seguía escribiendo. Al principio, cartas cariñosas. Dónde estás, cómo es tu vida. Escenas de antaño, momentos para el recuerdo. Luego empezó a impacientarse. Qué ha ocurrido. Por qué no me escribes. Después pasó por el enfado, la intranquilidad y la angustia.

Mi querido Redford,

esta mañana me levanté y pensé en nosotros, en los bellos momentos que hemos pasado, y que aparecen tan nítidos en mi memoria, como si los hubiéramos vivido ayer mismo. Tal es el estado en el que me encuentro desde que recibí tus primeros mensajes. ¿Hace cuánto que no me escribes? He contado una, dos, tres, cuatro y hasta cinco misivas, las que yo te he enviado. Todas ellas sin respuesta. Y me pregunto, ¿por qué? No consigo adivinar cuáles fueron tus intenciones al ponerte en contacto conmigo, y, si me lo permites, menos aún comprendo este prolongado silencio.

Lamento, lamento mucho esta situación. Reconozco que mi corazón se siente acongojado por ella, que mis días son más grises de lo que eran. Mi vida, si tuvo sentido, siento ahora que deja de tenerlo.

Por todo ello, y por el cariño que, creo entender, nos tenemos, te pido que respondas. Y, por favor, hazlo pronto.

Siempre fui tuya, y lo seré de nuevo. Jeśli chcesz.

Si quieres. Tardé una semana en encontrar una traducción aceptable de ese idioma arcaico. Esa fue una de las últimas líneas que me escribió. Fue entonces cuando decidí largarme. Mi cerebro estaba fundido, no veía solución. Había agotado todos mis recursos. Era la primera vez que me pasaba algo así. Tiré la toalla y salí de allí con el rabo entre las piernas. Iba a ser el primer borrón en un historial impoluto. Si hubiera un ranking con los de mi profesión, yo estaría en el top 10. Entre los mejores. Los que se sientan delante de la clase. Siempre hay una primera vez, para todo. Aquello en Böölunjen, por ejemplo. La primera vez de muchas cosas, de muchas nuevas primeras veces. Di cuatro vueltas al planeta. Siete cambios de identidad. Mis personalidades se fueron evaporando sin dejar ni rastro, como si nunca hubieran existido. Al final del proceso volví a ser aquel rico con ganas de fiesta que entró meses atrás en el planeta, solo que ahora se había cansado de orgías y delirios y quería un tranquilo descanso antes de volver a con su familia en otro sistema.

Witaj Redford,

Te odio, te odio con todo mi ser. Me has devuelto a un lugar que creía enterrado en lo más profundo de mi memoria, y que no es otro que nuestro amor. Amor, vaya palabra. La más vacía de significado de los cien mundos. ¿Sabes qué decía mi difunto? Que el amor no es ciego, sino que ciega. Que el alma que ama es un alma blanda, mansa, humilde y paciente, dedicada a esperar a que otros le roben lo que podría tener a manos llenas. Quien no ama es quien triunfa. Por eso le odié, y por eso juntos construimos nuestro propio imperio.

La mejor decisión de mi vida fue abandonarte, y la peor, responder a tus cartas. Porque has conseguido que me odie a mí misma. Ahora sé que mi vida no tiene sentido. Probablemente nunca lo tuvo, pero al menos, y no es poco,

tenía triunfo. Dicen que soy un témpano de hielo, y vive el cielo que lo fui. Tú has hecho que se me derrita el alma, y ese es el pecado mayor, el más grave error que una como yo puede cometer en vida.

Nienawidzę cię. Y te odiaré siempre.

No apareció durante la recepción del final del año estándar. No bajó a los festejos del piso ciento veinticuatro. Declinó la invitación de doce o quince de entre las fiestas más selectas de las personas más importantes e influyentes, algunas de las cuales se habían desplazado hasta allí solo para tratar con ella. Nadie la vio, pero se rumorea que, mientras el planeta entero, y todos los planetas, se daban besos y abrazos a la sombra de relojes y campanas, ella abrió la ventana de su habitación en la planta quinientos doce y se tiró al vacío.